



Seix Barral Biblioteca Formentor

Salman Rushdie

Dos años, ocho meses y veintiocho noches

Traducción del inglés
por Javier Calvo



El sueño de la razón produce monstruos

Francisco de Goya, Los Caprichos, n.º 43
La leyenda completa del grabado del Museo del Prado dice:
«La fantasía abandonada de la razón, produce monstruos
imposibles: unida con ella, es madre de las artes
y el origen de sus maravillas» [grafía original].

LOS HIJOS DE IBN RUSHD

Aunque se ha escrito mucho de ellos, se sabe muy poco de la verdadera naturaleza de los yinn, esas criaturas hechas de fuego sin humo. La cuestión de si son buenos o malos, diabólicos o benévolos, es objeto de acalorada disputa. Hay bastante consenso sobre las siguientes cualidades: que son caprichosos, extravagantes y juguetones, y que pueden moverse a gran velocidad, alterar su tamaño y forma y conceder gran número de deseos a los hombres y mujeres mortales si les place, o bien si se los obliga por la fuerza; y también que su noción del tiempo es radicalmente distinta a la de los seres humanos. No hay que confundirlos con ángeles, si bien hay historias antiguas que afirman erróneamente que el diablo en persona, el ángel caído Lucifer, hijo del alba, fue el más grande de los yinn. Durante mucho tiempo también hubo controversia acerca de dónde tenían sus moradas. Algunas historias antiguas decían, falsamente, que los yinn vivían entre nosotros, aquí en la Tierra, el llamado «mundo inferior», en los edificios en ruinas y en muchas otras zonas insalubres: vertederos, cementerios, letrinas al aire libre, cloacas y, allí donde era posible, en los muladares. De acuerdo con estos injuriosos relatos deberíamos lavarnos a conciencia después de tener cualquier contacto con un yinni; son malolientes y transmiten enfermedades. Sin em-

bargo, los principales especialistas ya afirmaron hace mucho lo que hoy sabemos que es verdad: que los yinn viven en su propio mundo, separado del nuestro por un velo, y que ese mundo superior, a veces llamado Peristán o País de las Hadas, es muy extenso, aunque su naturaleza nos está oculta.

Decir que los yinn son inhumanos puede parecer una obviedad, pero lo cierto es que los seres humanos comparten al menos algunas características con sus homólogos fantásticos. En el terreno de la fe, por ejemplo, hay entre los yinn adeptos de todos los credos del mundo, y también hay yinn que no son creyentes y para quienes la noción misma de los dioses y los ángeles resulta extraña del mismo modo en que los yinn son extraños para los seres humanos. Y aunque muchos yinn son inmorales, algunos de estos poderosos seres conocen la diferencia entre el bien y el mal, entre el camino de la mano derecha y el de la mano izquierda.

Hay yinn que pueden volar, mientras que otros se deslizan por el suelo en forma de serpientes, o corren por ahí ladrando y enseñando los dientes bajo la apariencia de perros gigantes. En el mar, y a veces también en el aire, adoptan la forma externa de dragones. Algunos yinn menores, cuando están en la Tierra, son incapaces de mantener su forma durante periodos largos. En ocasiones estas criaturas amorfas se infiltran en los seres humanos por las orejas, la nariz o los ojos, y ocupan sus cuerpos durante una temporada y se deshacen de ellos cuando se cansan. Los seres humanos ocupados, por desgracia, no sobreviven.

Los yinn de sexo femenino, las yinnias o yiniri, resultan todavía más misteriosos, sutiles y difíciles de captar, puesto que son mujeres de sombras hechas de fuego sin

humo. Hay yiniri salvajes y yiniri del amor, pero también es posible que en realidad estos dos tipos distintos de yinnias sean el mismo: que a un espíritu salvaje se lo pueda aplacar mediante el amor, o bien que los malos tratos lleven a una criatura amorosa a un salvajismo más allá de la comprensión de los hombres mortales.

Ésta es la historia de una yinnia, una gran princesa de los yinn, conocida como Princesa Centella por su dominio de los rayos, que amó a un mortal hace mucho tiempo, en el siglo XII según nuestro calendario, y de sus muchos descendientes, y de su regreso al mundo después de una larga ausencia para volverse a enamorar, al menos momentáneamente, y después ir a la guerra. También es la historia de muchos otros yinn, masculinos y femeninos, voladores y reptiles, buenos, malos e indiferentes a la moralidad; y de la época de crisis, ese tiempo desarticulado que llamamos la Era de la Extrañeza, que duró dos años, ocho meses y veintiocho días, es decir, mil noches y una más. Y sí, desde aquella época han pasado otros mil años, pero los cambios que nos trajo fueron para siempre. Si fueron para mejor o para peor, eso lo decidirá nuestro futuro.

En el año 1195, el gran filósofo Ibn Rushd, que había sido cadí de Sevilla y posteriormente médico personal del califa Abu Yusuf Yaqub en su ciudad natal de Córdoba, fue formalmente desacreditado y deshonorado por sus ideas liberales, unas ideas que resultaban inaceptables para los cada vez más poderosos fanáticos bereberes que se estaban propagando como la peste por la España árabe, y desterrado al interior, a la aldea de Lucena, en las afueras de su ciudad; una aldea llena de judíos que ya no podían

decir que lo eran porque la dinastía que había gobernado antes al-Ándalus, los almorávides, los había obligado a convertirse al islam. Ibn Rushd, filósofo al que ya no se le permitía exponer su filosofía y cuyos escritos habían sido prohibidos y sus libros quemados, se sintió inmediatamente cómodo entre aquellos judíos que no podían decir que eran judíos. Antaño había sido el favorito del califa de la actual dinastía reinante, los almohades, pero los favoritos pasan de moda, y Abu Yusuf Yaqub había permitido que los fanáticos desterraran de la ciudad al gran comentarista de Aristóteles.

El filósofo que no podía hablar de su filosofía vivía en una casa humilde de ventanas diminutas situada en un callejón sin pavimentar y se sentía terriblemente oprimido por la ausencia de luz. Montó una consulta en Lucena y su estatus de exmédico del califa le proporcionó pacientes; además, usó los recursos de que disponía para introducirse modestamente en el negocio de la trata de caballos, y también invirtió dinero en la fabricación de las grandes tinajas de loza en las que los judíos que ya no eran judíos almacenaban y vendían aceite de oliva y vino. Un día, poco después del inicio de su exilio, una chica de unas dieciséis primaveras apareció delante de su puerta, sonriendo gentilmente, sin llamar ni interrumpir sus pensamientos de ninguna otra forma, y se limitó a quedarse allí esperando con paciencia a que él reparara en su presencia y la invitara a entrar. Le dijo que acababa de quedarse huérfana; que no tenía fuente alguna de ingresos pero tampoco quería trabajar en el burdel; le dijo que se llamaba Dunia, que no sonaba a nombre judío porque no le permitían decir su nombre judío, y como era analfabeta no sabía escribirlo. También que el nombre se lo había puesto un viajero y que le había dicho que venía

del griego y que significaba «el mundo». Ibn Rushd, traductor de Aristóteles, no puso objeción alguna a aquella explicación, consciente de que significaba «el mundo» en los bastantes idiomas como para hacer innecesaria la pedantería.

—¿Por qué te has puesto «el mundo» de nombre?
—le preguntó, y ella le contestó, mirándolo a los ojos:

—Porque de mí fluirán un mundo, y quienes de mí fluyan se extenderán por el mundo.

Como era un hombre de razón, no adivinó que ella era una criatura sobrenatural, una yinnia, de la tribu de los yinn de sexo femenino, las yiniri: una gran princesa de aquella tribu en plena aventura en la Tierra, guiada por su fascinación por los hombres humanos en general y por los brillantes en particular. La acogió en su casa en calidad de gobernanta y amante, y en el silencio de la noche ella le susurró al oído su «verdadero» —es decir, falso— nombre judío, y eso se convirtió en su secreto. Dunia la yinnia fue tan espectacularmente fértil como su profecía había sugerido. En los dos años, ocho meses y veintiocho días que siguieron, se quedó embarazada tres veces y en cada uno de sus partos dio a luz a un gran número de criaturas, al menos siete cada vez, parece ser, y en alguna hasta once, o posiblemente diecinueve, aunque las crónicas son vagas e inexactas. Todos sus hijos e hijas heredaron su rasgo más distintivo: no tenían lóbulos en las orejas.

Si Ibn Rushd hubiera sido adepto de los misterios del ocultismo, se habría dado cuenta de que sus criaturas eran vástagos de una madre no humana, pero estaba demasiado absorto en sí mismo para advertirlo. (En ocasiones creemos que fue una suerte para él, y para toda nuestra Historia, que Dunia lo amara por tener una mente

brillante, dado que su naturaleza era quizás demasiado egoísta para inspirar amor por sí misma.) El filósofo que no podía filosofar temía que sus hijos e hijas heredaran de él los tristes dones que constituían simultáneamente su tesoro y su maldición.

—Tener la piel fina, ser sagaz y deslenguado —decía— comporta sentir con demasiada intensidad, ver con demasiada claridad y hablar con demasiada libertad. Comporta ser vulnerable al mundo cuando el mundo se considera a sí mismo invulnerable, entender su mutabilidad cuando él se cree inmutable, sentir lo que se avecina antes de que lo sientan los demás, saber que la barbarie del futuro está derribando las puertas del presente mientras los demás se aferran al pasado hueco y decadente. Si nuestras criaturas tienen suerte, únicamente heredarán tus orejas, pero por desgracia, como sin duda son mías, probablemente pensarán demasiado y demasiado pronto, y oirán demasiado y demasiado deprisa, incluyendo cosas que no está permitido pensar ni oír.

—Cuéntame una historia —le pedía a menudo Dunia en la cama durante los primeros días de su vida en común.

Él descubrió enseguida que, a pesar de su aparente juventud, ella podía ser una persona exigente y de firmes opiniones. Él era un hombre corpulento y ella parecía un pajarillo o un insecto palo, pero a menudo daba la sensación de que la fuerte era ella. Era la alegría de su vejez, pero le exigía un nivel de energía que le costaba mantener. A su edad, a veces lo único que quería hacer en la cama era dormir, pero Dunia consideraba hostiles sus intentos de quedarse dormido.

—Si te quedas despierto toda la noche haciendo el amor —le decía—, en realidad descansas más que si te

pasas las horas roncando como un buey. Es algo bien sabido.

A su edad, no siempre era fácil alcanzar el estado necesario para el acto sexual, sobre todo en noches consecutivas, pero ella veía sus dificultades de anciano para excitarse como pruebas de la frialdad de su naturaleza.

—Si una mujer te parece atractiva, nunca habrá problema —le decía—. No importa cuántas noches seguidas. Yo siempre estoy dispuesta, puedo durar lo que haga falta, no tengo límite.

Para él fue un alivio descubrir que su ardor físico se podía saciar con relatos.

—Cuéntame una historia —le pedía ella.

Y se acurrucaba bajo su brazo e Ibn Rushd le ponía la mano sobre la cabeza y pensaba: bien, esta noche me he librado; y le iba desgranando el relato de sus pensamientos. Usaba palabras que a muchos de sus contemporáneos les resultarían escandalosas, como *razón*, *lógica* y *ciencia*, los tres pilares de su pensamiento, las ideas que habían provocado que se quemaran sus libros. Dunia tenía miedo de aquellas palabras, pero aquel miedo la excitaba, de forma que se acurrucaba todavía más contra él y le decía:

—Cógeme la cabeza cuando me la estés llenando de tus mentiras.

Ibn Rushd tenía una herida profunda y triste, porque era un hombre derrotado: había perdido la gran batalla de su vida ante un persa muerto, Al-Ghazali de Tus, un adversario que llevaba muerto ochenta y cinco años. Cien años atrás, Al-Ghazali había escrito un libro titulado *La incoherencia de los filósofos*, en el que atacaba a los griegos como Aristóteles, a los neoplatónicos y a sus aliados, Ibn Sina y Al-Farabi, los grandes precursores de Ibn Rushd.

En un momento dado, Al-Ghazali había sufrido una crisis de fe, pero había salido de ella para convertirse en el mayor azote de la filosofía de la Historia mundial. La filosofía, decía en tono de burla, era incapaz de demostrar la existencia de Dios, ni siquiera la imposibilidad de que existieran dos dioses. La filosofía creía en la inevitabilidad de las causas y los efectos, lo cual disminuía el poder de Dios, que podía intervenir con facilidad para alterar los efectos y hacer que las causas fueran ineficaces si así lo quería.

—¿Qué pasa —le preguntó una vez Ibn Rushd a Dunia mientras la noche los envolvía en su manto de silencio y podían hablar de cosas prohibidas— cuando pones en contacto un palo en llamas y una bola de algodón?

—Que el algodón se incendia, claro —contestó ella.

—¿Y por qué se incendia?

—Pues porque es así —dijo ella—. El fuego lame el algodón y el algodón se vuelve parte del fuego, así son las cosas.

—La ley de la naturaleza —dijo él—. Las causas tienen efectos. —Y ella asintió, con la cabeza bajo su mano—. Pues él no estaba de acuerdo —continuó Ibn Rushd, y ella supo que se estaba refiriendo al enemigo, Al-Ghazali, el único que lo había derrotado—. Él decía que el algodón se incendiaba porque Dios lo hacía incendiarse, porque en el universo de Dios no hay más ley que la voluntad de Dios.

—Entonces, ¿si Dios quisiera que el algodón apagara el fuego, si quisiera que el fuego se volviera parte del algodón, lo podría hacer?

—Sí —dijo Ibn Rushd—. Según el libro de Al-Ghazali, Dios podría.

Ella lo pensó un momento.

—Menuda tontería —dijo por fin.

Incluso a oscuras sintió que a él se le extendía por la cara barbuda su sonrisa resignada y torcida, aquella sonrisa donde había cinismo pero también dolor.

—Pues él diría que ésa es la fe verdadera —contestó él— y que estar en desacuerdo es... inconveniente.

—O sea, que si a Dios le da la gana, puede pasar cualquier cosa —dijo ella—. Que a un hombre los pies no le toquen el suelo, por ejemplo, que eche a andar por el aire.

—Los milagros —dijo Ibn Rushd— se dan cuando Dios cambia las reglas con las que quiere jugar, y si nosotros no lo entendemos es porque en última instancia Dios es inefable, es decir, está más allá de nuestra comprensión.

Ella se volvió a quedar callada.

—Pongamos por caso —dijo por fin— que Dios no existiera. Pongamos por caso que tú me convences de que la «razón», la «lógica» y la «ciencia» poseen una magia que hace innecesario a Dios. ¿Puede uno suponer siquiera que sería posible suponer algo así?

Dunia sintió que al filósofo se le ponía rígido el cuerpo. Ahora era *él* quien tenía miedo de sus palabras, pensó ella, y le produjo un placer extraño.

—No —dijo él, en tono demasiado áspero—. Eso sería una suposición estúpida.

Él había escrito su propio libro, *La incoherencia de la incoherencia*, a modo de réplica a Al-Ghazali, desde una distancia de cien años y mil seiscientos kilómetros. Pero a pesar de lo huraño de su título, la influencia del persa no había remitido y era Ibn Rushd quien había acabado deshonorado y cuyos libros habían sido quemados y sus páginas consumidas, porque era lo que Dios había decidido que había que permitirle al fuego en aquel momento. En todos sus escritos había intentado reconciliar las

palabras *razón, lógica y ciencia* con las palabras *Dios, fe y Corán*, pero no lo había logrado, por mucho que hubiera usado con gran sutileza el argumento de la bondad, demostrando por medio de citas coránicas que Dios tenía que existir por el hecho de haber regalado a la humanidad este jardín de las delicias terrenales, «¿y acaso no hemos hecho descender la lluvia de las nubes, agua derramándose en abundancia, para que podáis producir trigo, y hierbas, y jardines con árboles densamente plantados?». Él mismo era jardinero, aficionado pero entusiasta, y le parecía que el argumento de la bondad demostraba al mismo tiempo la existencia de Dios y su naturaleza esencialmente buena y liberal. Pero los defensores de un Dios más severo lo habían derrotado. Ahora yacía, o eso creía, con una judía conversa a la que había salvado del burdel y que parecía capaz de ver el interior de sus sueños, donde él discutía con Al-Ghazali en el idioma de los conceptos irreconciliables, en el idioma del entusiasmo, de llegar al final, un idioma que si él hubiera usado en sus horas de vigilia lo habría condenado al verdugo.

A medida que Dunia se iba llenando de criaturas y luego las expulsaba a la casita, iba quedando menos espacio para las «mentiras» excomulgadas de Ibn Rushd. Los momentos de intimidad de la pareja se vieron menguados y el dinero se convirtió en un problema.

—Un hombre de verdad afronta las consecuencias de sus actos —le decía ella—, sobre todo uno que cree en las causas y los efectos.

Pero ganar dinero nunca había sido el fuerte de Ibn Rushd. El negocio de la trata de caballos era traicionero, estaba lleno de desalmados y daba muy pocos beneficios. En el mercado de las tinajas había mucha competencia, de forma que los precios eran bajos.

—Cobra más a tus pacientes —le aconsejó ella, irritada—. Tienes que sacar rendimiento a tu prestigio de antaño, por manchado que esté. ¿Qué otra cosa tienes? No basta con ser una máquina de hacer bebés. Tú haces los bebés, los bebés vienen y tienen que comer. Eso es «lógico». Es «racional». —Sabía volver sus palabras contra él—. No hacerlo —exclamaba en tono triunfal— es «incoherente».

(A los yinn les gustan las cosas relucientes, el oro, las joyas y demás, y a menudo esconden sus tesoros en cuevas subterráneas. Entonces, ¿por qué aquella princesa yinnia no gritaba simplemente «ábrete» ante la puerta de una cueva del tesoro y solucionaba sus problemas de un plumazo? Pues porque había elegido una vida humana, asociarse humanamente en calidad de esposa «humana» de un ser humano, y estaba atada por esa elección. Revelarle su verdadera naturaleza a su amante después de tanto tiempo sería una especie de traición o mentira en el corazón de su relación. Así que se la siguió ocultando, por miedo a que él la abandonara. Al final, sin embargo, él la abandonó de todos modos, por sus propias razones humanas.)

Había un libro persa titulado *Hazar Afsané*, mil relatos, del que existía traducción al árabe. En la versión árabe había menos de mil relatos, pero la acción se prolongaba durante mil noches, o mejor dicho, como los números redondos eran feos, mil noches y una. Él no había visto nunca aquel libro, pero sí le habían contado varias de sus historias en la corte. El cuento del pescador y el yinni le gustaba, no tanto por sus elementos fantásticos (el yinni que salía de la lámpara, los peces mágicos que hablaban y el príncipe embrujado medio hombre y medio estatua de mármol), sino por su belleza técnica, por la forma en que

los cuentos estaban encajados dentro de otros cuentos que contenían todavía más cuentos, de tal manera que el cuento se convertía en un verdadero espejo de la vida, pensaba Ibn Rushd, en el que todas nuestras historias contienen las historias de los demás y están contenidas dentro de narraciones mayores y más grandiosas, las historias de nuestras familias, nuestras patrias y nuestras creencias. Y más hermosa aún que todos aquellos cuentos dentro de otros cuentos era la historia de la narradora, una princesa llamada Shahrazad o Sherezade, que le contaba relatos a su marido asesino para evitar que la ejecutara. Unas historias contadas para eludir la muerte y civilizar a un bárbaro. Y al pie del lecho conyugal se sentaba la hermana de Shahrazad, su público perfecto, siempre pidiendo una historia más, y otra, y otra. Del nombre de aquella hermana sacó Ibn Rushd el que les otorgó a las hordas de bebés que salían del seno de Dunia, porque resultó que la hermana se llamaba Duniazar, «y lo que tenemos aquí, llenando esta casa oscura y obligándome a cobrar honorarios exorbitantes a mis pacientes, los enfermos y débiles de Lucena, es la llegada al mundo de la *Dunia-zada*, la tribu de Dunia, la raza de los dunianos, la gente de Dunia, que traducido quiere decir “la gente del mundo”».

Dunia se sintió profundamente ofendida.

—¿Quieres decir —preguntó— que como no estamos casados nuestros hijos no pueden llevar el apellido de su padre?

Él le dedicó su sonrisa torcida y triste.

—Es mejor que sean la Duniazada —dijo—, un nombre que contiene el mundo y no ha sido juzgado por él. Ser los Rushdis los mandaría al mundo con una marca en la frente.

Ella empezó a identificarse con la hermana de Sherezade, siempre pidiendo historias, con la diferencia de que su Sherezade era un hombre y no era su hermano, sino su amante, y de que algunas de sus historias podían hacer que los mataran a ambos si llegaban a escapar accidentalmente de la oscuridad del dormitorio. De forma que él era una especie de anti-Sherezade, le dijo Dunia, exactamente lo contrario de la narradora de *Las mil y una noches*: a ella le salvaban la vida sus historias, mientras que él se dedicaba a poner su propia vida en peligro. Pero luego el califa Abu Yusuf Yaqub empezó a cosechar victorias en la guerra, y el mayor de sus triunfos militares lo obtuvo contra el rey cristiano de Castilla, Alfonso VIII, en Alarcos, junto al río Guadiana. Después de la batalla de Alarcos, en la que sus fuerzas mataron a ciento cincuenta mil soldados castellanos, la mitad de todo el ejército cristiano, el califa se puso a sí mismo el nombre de Al-Mansur, el Victorioso, y con la confianza del héroe conquistador acabó con el dominio de los fanáticos bereberes y volvió a convocar a su corte a Ibn Rushd.

Al viejo filósofo le fue borrada de la frente la marca de la vergüenza, le fue revocado su exilio, fue rehabilitado, eximido de su deshonor y readmitido con honores en su cargo de médico de la corte de Córdoba, dos años, ocho meses y veintiocho días después del inicio de su exilio, en otras palabras, mil días y noches y un día y una noche más; y Dunia se quedó embarazada de nuevo, por supuesto, pero él no dio su apellido a sus hijos e hijas, por supuesto, y tampoco se la llevó con él a la corte almohade, por supuesto, de manera que ella desapareció de la Historia, él se llevó la Historia consigo al marcharse, junto con sus túnicas, sus respuestas a borbollones y sus manuscritos, algunos encuadernados y otros no, con sus manus-

critos de libros ajenos, dado que los suyos habían sido quemados, aunque sobrevivían muchos ejemplares, tal como le había explicado a ella, en otras ciudades, en las bibliotecas de sus amistades y en lugares donde él los había escondido para protegerlos durante su caída en desgracia, puesto que un hombre sabio siempre se prepara contra la adversidad, pero si es lo suficientemente modesto, la buena suerte lo coge por sorpresa. Ibn Rushd se marchó sin terminarse el desayuno ni despedirse, pero ella no lo amenazó, ni tampoco le reveló su naturaleza verdadera, ni el poder que tenía oculto en su interior, no le dijo: sé lo que dices en voz alta en sueños, cuando supones eso que sería una estupidez suponer, cuando dejas de intentar reconciliar lo irreconciliable y hablas de la verdad terrible y fatídica. Ella se dejó abandonar por la Historia sin intentar retenerla, igual que los niños dejan que pase de largo un desfile majestuoso, guardándolo en la memoria, haciendo que sea inolvidable, haciéndolo suyo; y siguió amándolo, aunque él la hubiera abandonado sin pensárselo dos veces. Tú lo eras todo para mí, quiso decirle ella, tú eras mi sol y mi luna, y quién me abrazará la cabeza ahora, quién me besará en los labios, quién será el padre de mis criaturas; pero él era un gran hombre destinado a los salones de los inmortales, y aquellas criaturas lloronas no eran más que los desechos que había dejado en su estela.

Un día, le murmuró ella al filósofo ausente, mucho después de que hayas muerto, te llegará el momento en el que querrás reclamar a tu familia, y en ese momento yo, tu esposa espíritu, te concederé tu deseo, a pesar de que me has roto el corazón.

Se cree que ella se quedó una temporada más entre los humanos, tal vez confiando contra todos los indicios en

que él volviera, y en que le siguiera mandando dinero, en que quizás la visitara alguna vez, y ella dejó la trata de caballos pero continuó con las tinajas, pero ahora que el sol y la luna de la Historia ya se habían puesto para siempre sobre su casa, la historia de Dunia se sumió en las sombras y en los misterios, así que tal vez sea cierto, tal como dijo la gente, que después de morir Ibn Rushd su espíritu regresó con ella y engendró todavía más hijos e hijas. La gente también dijo que Ibn Rushd le había llevado una lámpara con un yinni dentro, y que el yinni era el padre de las criaturas que habían nacido después de que se fuera; ¡con qué facilidad los rumores le dan la vuelta a todo! Y también dijeron, ya menos amables, que tras ser abandonada acogía a cualquier hombre que le pagara el alquiler, y que todos los hombres a los que acogía le dejaban una nueva camada de criaturas, de modo que la Duniazada, los vástagos de Dunia, dejaron de ser bastardos Rushdis, o bien algunos ya no lo fueron, o muchos ya no lo fueron, o la mayoría; porque a ojos de la mayoría de la gente, su historia se acabó convirtiendo en una línea discontinua cuyas letras se deshacían en formas sin sentido, incapaces de revelar cuánto tiempo había vivido, o cómo, o dónde, o con quién, o cuándo y cómo había muerto, si es que había muerto.

Nadie se fijó ni se interesó en si un día Dunia dio media vuelta y se coló por una ranura del mundo para regresar al Peristán, la otra realidad, el mundo de los sueños de donde emergían periódicamente los yinn para afligir y bendecir a la humanidad. Para los aldeanos de Lucena fue como si se hubiera esfumado, tal vez convirtiéndose en el humo sin fuego. Después de que se marchara de nuestro mundo, se redujo el número de viajeros del mundo de los yinn al nuestro, y luego, durante mucho

tiempo, dejaron de venir del todo y las ranuras del mundo quedaron cubiertas por las hierbas sin imaginación de las convenciones y por las matas espinosas de lo tediosamente material, hasta que por fin se cerraron por completo y a nuestros antepasados no les quedó más remedio que salir adelante sin los beneficios ni las maldiciones de la magia.

Pero los vástagos de Dunia prosperaron. De eso no hay duda. Y casi trescientos años más tarde, cuando los judíos fueron expulsados de España, hasta los judíos que no podían decir que eran judíos, los descendientes de los hijos e hijas de Dunia se embarcaron en Cádiz y en Palos de Moguer, o bien cruzaron a pie los Pirineos, o volaron a bordo de alfombras mágicas o de urnas gigantes como familiares de una yinnia que eran, atravesaron continentes y navegaron por los siete mares y escalaron altas montañas y nadaron por ríos torrenciales y encontraron cobijo y seguridad allí donde pudieron, y se olvidaron de prisa los unos de los otros, o bien se acordaron mientras les fue posible y luego se olvidaron, o no se olvidaron nunca, convirtiéndose en una familia que ya no era exactamente una familia, en una tribu que ya no era exactamente una tribu; y adoptaron todas las religiones y las no religiones, muchos de ellos, después de tantos siglos de conversos, sin conocer sus orígenes sobrenaturales, olvidando la historia de la conversión forzosa de los judíos, y algunos se volvieron enloquecidamente devotos y otros despectivamente escépticos; una familia sin lugar pero con parientes en todas partes, una aldea sin ubicación pero que recorría sinuosamente todas las ubicaciones del planeta, igual que plantas sin raíces, musgos o líquenes u orquídeas trepadoras, obligados a posarse sobre los demás, incapaces de sostenerse por sí solos.

La Historia nunca es amable con aquellos a quienes abandona, pero puede tratar igual de mal a quienes la escriben. Ibn Rushd murió (convencionalmente, a la vejez, o eso creemos) durante un viaje a Marrakech apenas un año después de que lo rehabilitaran, y nunca vio crecer su fama, nunca la vio propagarse más allá de las fronteras de su mundo hasta llegar al mundo de los infieles que había más allá, donde sus comentarios a Aristóteles se convertirían en los cimientos de la popularidad de su magnífico precursor, en las piedras angulares de la filosofía sin dios de los infieles, llamada *saecularis*, que quiere decir la clase de idea que sólo aparecía una vez en cada *saeculum* o era del mundo, o tal vez una idea para las eras; la imagen misma o eco de las ideas que él únicamente había pronunciado en sueños. De haber sido creyente, tal vez no le habría entusiasmado precisamente el lugar que le acabó concediendo la Historia, puesto que para un creyente es un destino extraño convertirse en inspiración de ideas que no necesitan de fe, y es un destino todavía más extraño para la filosofía de un hombre triunfar más allá de las fronteras de su mundo pero caer derrotada dentro de esas fronteras, porque en el mundo que él conocía fueron los hijos de su adversario muerto, Al-Ghazali, quienes se multiplicaron y heredaron el reino, mientras sus propios vástagos bastardos se desperdigaban, abandonando tras de sí su apellido prohibido, para poblar la Tierra. Un gran número de los que sobrevivieron terminaron en el enorme continente de América del Norte, y otros muchos en el enorme subcontinente de Asia del Sur, gracias al fenómeno de la «agrupación», que forma parte de la misteriosa falta de lógica de la distribución al azar; y muchos de ellos se propagaron después hacia el oeste y hacia el sur de las Américas, y hacia el norte y el oeste desde aquel diamante enor-

me que había a los pies de Asia, y así llegaron a todos los países del mundo, porque se puede decir con justicia de la Duniazada que, además de tener unas orejas peculiares, todos sentían un hormigueo en los pies. E Ibn Rushd estaba muerto, pero tal como se verá, su adversario y él mantuvieron su disputa más allá de la tumba, porque las controversias de los grandes pensadores no tienen fin, y la idea misma de la disputa es una herramienta para mejorar la mente; la más afilada de todas las herramientas, nacida del amor al conocimiento, es decir, de la filosofía.

